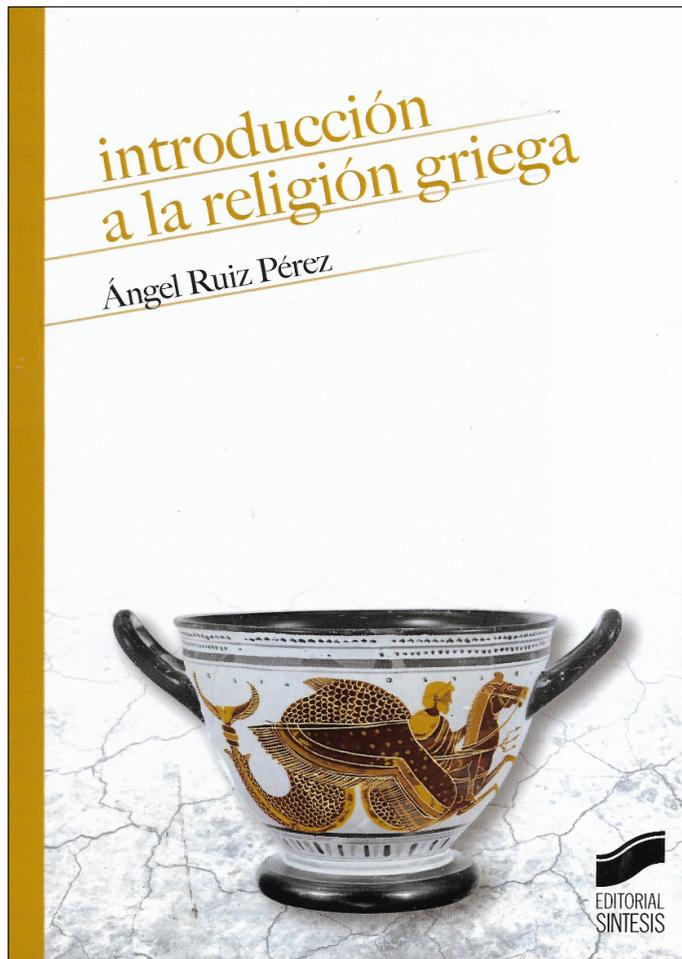


ÁNGEL RUIZ PÉREZ, *Introducción a la religión griega*,
“Temas de Historia Antigua”, Síntesis, Madrid, 2025, 178 pp.,
ISBN: 978-84-1357-412-7.



Como bien afirma su autor, Ángel Ruiz Pérez, profesor titular de Filología Griega en la Universidad de Santiago de Compostela, a pesar de que disponemos de muy buenos manuales sobre la religión griega antigua en español, estos están pensados para un público especializado. Por ello, su objetivo último en este libro ha sido elaborar una síntesis

de la religión griega, básicamente la de época clásica, aunque con incursiones en los precedentes minoicos y micénicos, así como en la época helenística, dirigida a un público no especializado, pero sin caer en la simplificación, que ilustre con claridad los rasgos que mejor definían la experiencia y realidad de la religión griega antigua.

Desde el punto de vista estructural, el texto se divide en ocho partes. La primera, “El estudio de la religión griega: historiografía, fuentes y rasgos generales” (pp. 11-26), comienza indicando que el estudio de la religión griega depende de cuatro tipos de fuentes principales: literarias, epigráficas, papirológicas y arqueológicas. De estas, son especialmente importantes las literarias y las arqueológicas. En el caso de la literatura, aunque es cierto que en casi todos los géneros literarios se puede encontrar información valiosa sobre la religión griega, no debemos olvidar que la imagen que del mundo divino transmitió Homero en sus poemas ejerció una gran influencia en el imaginario colectivo griego, además de que su propia antigüedad ilustra una serie de prácticas y creencias que son anteriores a los propios textos escritos. A ellos se unen los *Himnos* homéricos y, por supuesto, Hesíodo, con su *Teogonía*, donde encontramos un sistema perfectamente articulado de dioses no solo con su origen, sino sobre todo con su organización y funciones, y sus *Trabajos y días*, con información valiosa sobre rituales y piedad personal. Finalmente, Ruiz Pérez destaca los valiosos testimonios de época helenística e imperial romana, los cuales, gracias a su preocupación anticuaria, nos han conservado referencias a la religión antigua, así como a otras más contemporáneas.

Respecto a las fuentes arqueológicas, son esenciales para reconstruir las manifestaciones materiales de las creencias y confirmar los vínculos con la religión de los restos encontrados. Entre los elementos vinculados con este tipo de fuentes, tienen gran importancia la iconografía, en particular, las imágenes que nos han llegado a través de la cerámica; otro tipo de fuentes vinculadas con este ámbito son las numismáticas.

Respecto al concepto de religión, el autor señala cuatro ámbitos fundamentales para definir el hecho religioso: la divinidad, el hombre y la doble y mutua relación entre ambos. Y respecto a los inicios de los estudios sobre la religión griega, aunque ya autores antiguos como Heródoto compararon la religión griega con otras creencias desde una óptica meramente descriptiva, y los propios cristianos trataron de

encontrar semejanzas y divergencias entre sus creencias y las de los griegos, solo fue a mediados del siglo XIX cuando podemos datar el nacimiento de la historia de la religión griega como disciplina científica, con planteamientos muy diversos según la época (pp. 18-20). Se cierra este primer apartado con una serie de rasgos, todos ellos bien conocidos, que sirven para caracterizar de modo general la religión griega clásica, entre los cuales queremos destacar: pluralidad de dioses con funciones definidas y estructuradas; no se trata de una religión revelada y con un corpus doctrinal definido, lo cual no impedía la existencia de un consenso de ideas más o menos seguras sobre sus dioses; el individuo no participa en la religión a nivel personal (de hecho, no hay una relación de persona a persona con la divinidad), sino según su posición social y el papel que esta le concede; aunque hay sacerdotes, no hay un cuerpo sacerdotal como tal, y las funciones sacerdotales no son incompatibles con las políticas; se trata de una religión para la vida: aunque existen concepciones sobre la muerte y el más allá, estas no son ni unitarias ni prioritarias para la mayoría de los griegos en la concepción del hecho religioso; por último, aunque resulte extraño, no había en griego antiguo un término específico para definir la religión, por lo que el autor, con gran acierto, presenta una serie de términos que se le acercan bastante o designan conceptos religiosos fundamentales (pp. 24-26).

La segunda parte, “Orígenes. La religión minoica y micénica” (pp. 27-44), intenta ilustrar el hecho religioso de los diversos pueblos y culturas que precedieron a la Grecia clásica. Desde los primeros asentamientos neolíticos en la península e islas adyacentes, pasando por la reconstrucción hipotética que se ha hecho de lo que pudo haber sido la religión indoeuropea —que algunos investigadores han intentado trasladar al mundo griego a través de un dualismo entre lo pregregio y la religiosidad indoeuropea posterior, que se organizaría en torno a polos opuestos como lo matriarcal/lo patriarcal; el cielo/la tierra; lo olímpico/lo ctónico, etc.—, hasta un estudio más profundo del hecho religioso en las culturas minoica y micénica.

Para el estudio de la religión minoica, nuestras únicas fuentes son prácticamente las arqueológicas, así como la mitología localizada en Creta. Esto explica, por ejemplo, la importancia concedida al toro que aparece en los mitos de Europa, Pasífae y el Minotauro. Según Ruiz Pérez, dos elementos religiosos específicos de la religión minoica son el cuerno doble, que corresponde en origen a unos cuernos de toro, y la

doble hacha, claramente relacionada con el sacrificio. En el caso de la religión micénica, el descubrimiento de las tablillas del llamado lineal B, descifradas por Ventris y Chadwick en 1953, nos ha permitido hacernos una buena idea sobre los componentes y la estructura del panteón micénico. Así, en él encontramos deidades reconocibles como Zeus, Hera, Posidón, frente a otras desconocidas como *Drimio, *Manasa o *Ifimedia. Además, encontramos ya parejas divinas perfectamente constituidas, como las formadas por Zeus y Hera, o Posidón y una diosa *Posidaeja. Para terminar, el autor incluye la influencia que en la primitiva religión griega tuvo el colapso del mundo griego a partir del siglo XII a.C., colapso atribuido tanto a las invasiones de los “pueblos del mar” como a la penetración doria.

La tercera parte, “La concepción griega de los dioses y el mundo divino” (pp. 45-91), es el capítulo más extenso del volumen. Comienza analizando el mundo divino en Homero y Hesíodo, aunque la parte más extensa la constituye la dedicada a describir el panteón olímpico¹ (pp. 50-67). En cada caso se tratan en esencia aspectos que tienen que ver con la religión, desde la etimología de su nombre (cuando es posible) a sus funciones y atributos divinos. Y aunque es inevitable hacer menciones a la mitología, son siempre breves y de pasada. Completan el capítulo una pequeña relación de dioses menores (Hestia, Asclepio, Enialio, Hécate y el dios Pan, entre otros); otros que se presentan en forma de colectivo, por lo que se les designa en plural (como los Cabiros, Las Erinias, los Sátiros, etc.); dioses griegos que, en su origen, son fenómenos naturales divinizados (como Helios, Selene, Gaia, los dioses-ríos, las ninfas, etc.); dioses extranjeros (como Adonis o Cibele); el papel de los démones, seres intermedios entre los dioses y los hombres, sin imágenes y sin culto, que llegarán a ocupar una posición cada vez más relevante y que fueron la vía para una relación más estrecha entre el hombre y la divinidad. El capítulo se cierra, en primer lugar, con una interesante reflexión sobre las relaciones y diferencias entre religión y mito, los cuales, a pesar de pertenecer a un mismo fondo común, la mentalidad griega los distinguía como dos realidades distintas (p. 77); el papel de la mántica, pues aunque la relación con la divinidad se producía sobre todo a través de la plegaria y la práctica ritual, la expresión y

¹ Como advierte Ruiz Pérez, solo doce de las grandes deidades griegas pueden considerarse auténticamente panhelénicas, rango este que adquirieron gracias a su difusión a través de la épica (p. 68).

el conocimiento de la voluntad divina se realizaba por medio de la adivinación; y, finalmente, la relación entre filosofía y religión, pues desde su nacimiento uno de los intereses principales de la filosofía fue el estudio de la divinidad y de la religión. Y aunque se discuten muchos aspectos de la religión tradicional, raramente se rechaza en su conjunto².

La cuarta parte, que lleva por título “La religión en la vida comunitaria” (pp. 93- 118), se centra en uno de los rasgos más marcados de la religión griega, su carácter comunitario, pues sus prácticas solo se entienden en el marco de la polis, de ahí que se la pueda definir como “religión cívica”. Asimismo, desde finales del XIX, los especialistas dieron una importancia creciente al ritual, por encima incluso del contexto mitológico, en la configuración de la religión griega. El ritual se entiende como una especie de lenguaje, basado en la conciencia de lo sagrado, cuyo objetivo era honrar a la divinidad para volvérsela propicia, aunque a sabiendas de que los actos rituales no siempre consiguen lo que se busca.

El marco en que se desenvuelven muchos de los rituales es la fiesta, que articula e interrumpe la vida cotidiana. El calendario festivo de las polis griegas se basaba en un calendario lunar, que seguía el ritmo de la vida ciudadana, no tanto el de la agricultura. Junto a los rituales vinculados a las grandes fiestas del calendario antiguo, había rituales para aspectos concretos de la vida, como rituales de iniciación —como la efebía, que marcaba el final de la infancia y el paso a la vida adulta— o rituales de purificación —con procedimientos para limpiarse de un estado de mancha o *miasma*, sirviéndose de elementos rituales como el agua, el fuego y la sangre—, amén de rituales especiales para problemas particulares.

Otros aspectos tratados en el capítulo son el espacio sagrado donde se lleva a cabo el culto y los rituales, y que tiene que quedar perfectamente delimitado; la representación de la divinidad mediante imágenes, a las que se venera, sí, pero siendo plenamente conscientes de que la divinidad no estaba en su imagen; y si el rito es el armazón fundamental

² Entre los filósofos concretos que se mencionan tenemos, a Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Jenófanes, Heráclito, Parménides, Anaxágoras, Diógenes de Apolonia, Empédocles, los sofistas, Platón y Aristóteles, siendo Platón el autor al que más atención se dedica, pues con él “se llega a la culminación de la reflexión filosófica sobre Dios” (p. 90).

de la religión griega, el sacrificio es la forma más directa de vincularse el hombre con el dios, al hacerle entrega de algo que le pertenece o llevar a cabo acciones con las cosas sagradas, distinguiéndose dos modalidades: el sacrificio sangriento, que consiste en la matanza ritual de un animal sin tacha que se consagra al dios y cuya carne se comparte en una comida³, y distintas modalidades de sacrificios incruentos. Termina el capítulo con un epígrafe dedicado a los aspectos verbales del culto, pues las prácticas culturales a nivel lingüístico acogen desde gritos rituales (como *evoé* o *ié Paián*) hasta el canto religioso o las plegarias, que pueden, a su vez, ser de diferentes tipos (invocación, petición, maldición, etc.)⁴. Se aborda luego la cuestión del sacerdocio, ya mencionada más arriba. Por último, se habla de los centros panhelénicos y sus cultos, es decir, aquellos santuarios que se consideraban patrimonio común de todos los griegos, que cumplían una importante función unificadora en el ámbito religioso, político y cultural (p. 115). Entre ellos se contaban los de Apolo en Delfos, Zeus en Olimpia, el de Zeus en Dodona y el de Asclepio en Epidauro, entre otros.

La quinta parte, “Los cultos místéricos” (pp. 119-131), aborda uno de los aspectos más controvertidos de la religión griega antigua, un tipo de cultos plenamente griegos (aunque a veces se han intentado explicar como un supuesto préstamo oriental), que no se veían como algo opuesto a la religión poliádica, sino que venían a satisfacer esa necesidad del hombre de una relación más directa y menos formal con el dios, que respondiera a las necesidades de esta vida y después de la muerte. En ellos es esencial el concepto de salvación o *sotería*. Es muy difícil saber para nosotros qué experiencias se desarrollaban en el seno de los misterios. En todo caso, proporcionaban un encuentro inmediato con lo divino, que se recordaba toda la vida, algo por encima de la vida cotidiana⁵. Entre los cultos concretos que se abordan tenemos: los misterios báquicos (el dionisismo), el orfismo y los misterios de Eleusis.

³ Lo cual incide en el carácter social preponderante del acto sacrificial, pues el principal beneficiado del sacrificio griego es el hombre (p. 105).

⁴ Sin olvidar que a menudo hay en los ritos momentos de absoluto silencio.

⁵ Esta es la definición, a modo de resumen, que da el autor: “se puede dar una definición de ellos como rituales de iniciación de carácter voluntario, personal y secreto, que buscaban un cambio de planteamientos vitales por medio de la experiencia de lo sagrado” (p. 124).

La sexta parte, “La magia” (pp. 133-146), trata de acercarse a esta práctica ritualizada, que se desarrolla fuera de los cauces ordinarios y oficiales, intentando comprender qué entendían los antiguos por ella. No obstante, es muy difícil dar una definición única de magia. Entre sus rasgos, se trata de un conocimiento de carácter práctico que mira a objetivos concretos e inmediatos; por eso uno de sus rasgos frente a la religión es el egoísmo. Y, fundamental, en la relación entre el hombre y la divinidad, el primero domina y la segunda se somete, con base en un supuesto conocimiento del mago de los rasgos del dios, a quien se invoca con nombres extranjeros, o con fórmulas que no son sino meros sonidos. En la actualidad se asiste a un interés renovado por la magia antigua, como demuestran las nuevas ediciones publicadas recientemente de obras tan clásicas como los *Papiros Mágicos Griegos* de Preisendanz, de los cuales ha aparecido el primer volumen a cargo de Faraone y Torallas Tovar; o la publicación en 2024 de las *Defixiones* áticas por Curbera que reemplazan, en las *Inscriptiones Graecae*, a las viejas publicaciones de Audollent, Wünsch y Ziebart. Para terminar, queremos destacar una especie de contrasentido: durante los siglos XIX y XX se estudió la magia buscando los rasgos más primitivos de la religiosidad, cuando la mayoría de los textos que nos la transmiten son tardíos (de época imperial romana) y muy condicionados por su lugar de descubrimiento. Para Ruiz Pérez, “Más que de primitivismo habría que hablar de rasgos quizá enraizados en características antropológicas comunes a muchas tradiciones, pero en textos muy tardíos, donde la elaboración que ha pasado por tratamientos eruditos de la religión hace que los textos sean muy complejos de estudiar” (p. 140).

La séptima parte, “Culto a los muertos y los héroes. El Más Allá” (pp. 147-155), aborda el culto a los muertos desde el punto de vista material, así como desde el punto de vista psicológico y social. Históricamente, en Grecia se emplearon la inhumación y la cremación (esta es la única presente en los poemas homéricos). Otro rasgo fundamental era la estricta separación entre vivos y muertos, pues las tumbas se situaban fuera del recinto urbano al ser causa de impureza. Asimismo, en el culto se distinguía entre lo olímpico y lo ctónico —aunque dioses considerados olímpicos tenían ciertos rasgos ctónicos, como Dioniso—. En la oposición inmortales/mortales hay un grupo intermedio, los héroes, entendidos como hombres muertos que tienen un poder ya sea benéfico o maléfico, razón por la cual se les honra en sus tumbas,

con prácticas diferentes a las de los dioses. El culto a los héroes se desarrolla sobre todo en el marco de la polis, al considerárseles como antepasados gloriosos, comunes a los ciudadanos. Finalmente, termina el capítulo con los rituales dirigidos especialmente a los muertos, a los que se intenta calmar y honrar, para evitar que dañen a los vivos. El mundo de los muertos se situaba en el lejano Occidente o bajo tierra, y la imagen que de él se daba estaba constituida por multitud de elementos contradictorios, que nos lleva a caracterizarlo como mera prolongación de esta vida, pero con rasgos negativos. Esta imagen desvaída del Más Allá sufrirá una mutación profunda cuando el desarrollo filosófico de la noción de alma la convierta en un lugar venturoso para los que han reunido méritos en esta vida y desgraciado para los malvados.

La octava y última parte, “Helenismo y final en la época imperial” (pp. 157-174), trata de reunir los rasgos más sobresalientes del periodo propiamente helenístico y luego de la religión griega en época imperial romana. El periodo se caracteriza desde el punto de vista cultural y religioso por una suerte de universalismo, que provocará una cierta homogeneización, pero al mismo tiempo por un acentuado individualismo. Otro rasgo básico es el sincretismo: es decir, se mezclan aportaciones de muy diverso tipo, tanto griegas como de los territorios dominados. En materia religiosa, la relación entre el hombre y el dios se hace más cercana, la piedad más personal y el culto a los dioses se purifica de sus rasgos más crueles. En cuanto a las nociones del Más Allá, hay una mezcla de esperanza y salvación: el futuro del alma dependerá de los méritos del individuo en esta vida. Asimismo, aunque no desaparece el politeísmo de la religión pública, el culto se centra en un dios principal, por lo que se tiende al *henoteísmo*. Este panorama se enriquece con la entrada de dioses extranjeros nuevos, sobre todo egipcios (Isis, Osiris, Horus y Sarapis), de Asia Menor (Cibeles, Atis) e Irán (Mitra). Rasgo esencial de este periodo es el culto al emperador, que se basa en creencias anteriores (como la idea de que existen hombres divinos o el propio culto a los héroes), junto a la concepción divina de la monarquía en los territorios dominados por Alejandro. Asimismo, la divinización tiene un evidente componente político, pues era un recurso cómodo para dar carta de naturaleza al absolutismo monárquico y al sometimiento de los súbditos. El último gran hecho en materia religiosa es la aparición y expansión del cristianismo, que tras siglos de persecución y convivencia con el paganismo, acabará siendo declarado

la religión oficial del Imperio, marcando así el final del paganismo (a finales del siglo IV).

El libro se cierra con una breve sección de referencias bibliográficas (pp. 175-178), dividida en obras de carácter general y otra de estudios de referencia. Echamos en falta un índice final de materias que habría sido de gran ayuda para localizar a través de términos clave alguno de los muchos aspectos y conceptos incluidos en este libro.

A modo de conclusión, estamos ante un trabajo que consigue un difícil equilibrio entre divulgación y rigor, donde prácticamente todas las cuestiones que suscita la religión griega antigua encuentran cabida, incluso con cierta extensión, como sucede con el tratamiento del panteón griego antiguo o la magia, que se cuentan entre los capítulos más logrados, desde nuestro punto de vista. En su preocupación por diversificar el discurso, junto a una exposición ágil y fluida, el autor no ha dudado en acompañar el texto de un buen número de citas textuales en traducción, procedentes de ediciones españolas de fuentes primarias griegas de indudable calidad, que sirven de complemento necesario a la parte expositiva del texto. Además, toda la terminología técnica aparece tanto en griego como transliterada en caracteres latinos, para así facilitar la lectura. En suma, estamos seguros de la buena acogida de un libro que pretende acercar el apasionante y complejo mundo de la religión griega a un público enamorado del mundo antiguo, pero que tradicionalmente se muestra reacio a dar el paso con los grandes manuales académicos al uso.

Cristóbal Macías Villalobos

Universidad de Málaga

